

### Capítulo 3: El misterio nupcial: del don originario al don de sí mismo

Adán camina en busca de sentido. Todo empezó con el asombro: asombro ante la riqueza de un mundo que invitaba a ser descubierto. El primer hombre se puso entonces en marcha, tratando de encontrar un camino hacia la plenitud. Es entonces cuando encontró a Eva: «Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos». Y así Adán, al poner nombre a la mujer, se descubrió a la vez a sí mismo: «Será llamada mujer (*'iššā*), porque ha sido tomada del hombre (*'iš*)» (Gén 2, 23). Solo ahora aparece en el relato la palabra hombre. Es decir: sólo ahora, a la vista de Eva, entiende Adán quién es él y cuál es su llamada, una vocación al amor.

Aunque el encuentro entre Adán y Eva es un momento clave en el camino de ambos, no se trata todavía de su estación de destino. De hecho, en vez de disminuir el asombro, la vista de Eva lo hace aumentar: «¡Está sí que es...!», exclama Adán lleno de júbilo. En efecto, de todas las cosas que causan asombro el amor es la más asombrosa. La presencia de Eva no es tanto el puerto al que se llega tras un viaje difícil por los mares de la vida, sino el momento en que las nubes se disipan para mostrar un mar nuevo y misterioso, cuya belleza invita a surcarlo. Como dice Teresa después de dar su «sí» a Andrés en *El taller del orfebre*:

Recuerdo que Andrés tardó en volverse hacia mí  
y pasó largo rato con la mirada fija hacia delante como si escrutara  
el camino que se abría ante nosotros.

El asombro de cada nuevo encuentro abre ante Adán y Eva una nueva ruta. Con Juan Pablo II se puede decir: «Si quieres la encontrar la fuente / tienes que ir arriba, contra la corriente. / Empéñate, busca, no cedas; / sabes que tiene que estar aquí- / ¿Dónde estás, fuente? ¿dónde estás, fuente?» Del mismo modo, el encuentro entre Adán y Eva abre un nuevo horizonte de asombro en el que ambos continuarán buscando la fuente.

Para explorar esta nueva etapa, Juan Pablo II usa lo que llama «hermenéutica del don». En palabras sencillas esto quiere decir: hay que descifrar nuestro encuentro con el mundo como si se tratara del ofrecimiento de un don, de la recepción de un regalo. Desde aquí se adquiere nueva luz sobre la meta última del camino: se descubre el nombre de esa Fuente de donde todo procede y hacia donde todo fluye.

#### **Para entender el don**

Hemos hablado hasta ahora del asombro que nace en el hombre al encontrarse con el mundo. Es el momento de dar un paso importante: el asombro está ligado al don. ¿Cuál es el vínculo que los une? En primer lugar, el don representa aquello que no puede producir uno mismo, que no se puede pagar del propio bolsillo. Solo así tiene fuerza real para la sorpresa: ¿quién se asombra de lo que ya tiene y conoce?

Podemos entonces dar un segundo paso: el don se refiere siempre a un encuentro entre personas. Cuando Adán investigaba el jardín del Edén, recién salido de las manos de Dios, experimentaba sin duda asombro ante lo que veía. Pero el primer hombre podría creerse capaz de medir el valor de todas las cosas; podría, así, perder poco a poco su asombro ante ellas. A fin de cuentas, ¿no era él inmensamente superior al resto de lo creado?

Ahora bien, cuando el primer hombre se encuentra cara a cara con la primera mujer, esta falsa impresión desaparece. Adán está ahora ante una criatura que, al igual que él, solo puede ser

valorada en relación con el misterio último, con Dios mismo. Por eso en el encuentro con Eva Adán cruza un nuevo umbral del asombro. Podemos decir, con Juan Pablo II, que su asombro ahora recibe un nombre, pues se convierte en asombro personal. Vemos así por qué el don solo es posible entre personas: solo la persona hace nacer el verdadero asombro ante aquello que infinitamente nos supera, porque tiene un valor sagrado.

Dado que el don requiere el encuentro de dos personas, puede decir Juan Pablo II: «El concepto de «donar» no puede referirse a la nada. Este concepto señala al que dona y al que recibe el don, y también la relación que se establece entre ellos». Como este pasaje deja claro, el don requiere siempre varios elementos: alguien que entregue el don, alguien que lo reciba y la nueva relación que el don crea entre ellos. Notemos la diferencia con una compra, en que no hace falta ningún vínculo estable con el vendedor. Como al adquirir un objeto se manejan calidades y precios, uno puede negarse a comprar algo caro o poco útil sin que el comerciante deba sentirse ofendido. Pero no sucede así con el don: rechazarlo significa herir a quien me lo ofrecía. ¿Qué nos revela esta diferencia entre el comercio y el don?

La respuesta: el don no es solamente un objeto; contiene algo del dador mismo. Cuando hacemos un don ofrecemos mucho más que una mercancía cuyo valor se mide por el precio de mercado. Dar un don es siempre, de una forma u otra, darse a sí mismo. Un don establece o refuerza una relación que toca, en grados diferentes, el núcleo personal del que da y del que recibe. Ralph Waldo Emerson lo ha expresado de esta manera:

El único don es una parte de ti mismo. Has de sangrar por mí. De este modo ofrece el poeta su poema; el pastor, su oveja; el granjero, trigo; el minero, una gema; el navegante, coral y conchas; el pintor, su pintura; la muchacha, el pañuelo que ella misma tejió. Hay aquí algo bueno, que nos deleita, pues restablece la sociedad a sus fundamentos más primarios, cuando la historia misma de un hombre se entrega por medio del don que hace...

Una anécdota tomada de la vida del poeta alemán Rainer Maria Rilke ilustra las posibilidades creativas del don. Caminaba Rilke con un amigo por las calles de su ciudad, cuando pasaron ante una iglesia a cuyas puertas mendigaba una mujer. El compañero de Rilke le ofreció algunas monedas. La mendiga, acostumbrada a los gestos impersonales de los transeúntes, reaccionó mecánicamente ante el obsequio. Rilke, verdadero poeta, compró entonces una rosa y, cuando pasaron de nuevo ante el templo, la regaló a la mujer. Su respuesta a esta otra ofrenda, en apariencia sin valor alguno, fue del todo diferente: levantó los ojos y sonrió; durante una semana no se la volvió a ver en la puerta mendigando. Cuando el amigo de Rilke preguntó al poeta: «¿De qué habrá vivido esta mujer durante todo este tiempo?», recibió esta respuesta: «Está claro. Ha vivido de la rosa...»

¿Qué distinguía la rosa de Rilke del dinero ofrecido por los otros viandantes? Es que era un don singular, que representaba la especial dignidad de la persona que lo recibía. La calderilla, aunque valiera más, era incapaz de evocar ninguna respuesta humana en el alma de la pobre mujer. El don de Rilke despertó a la vieja mendiga a esa dimensión sagrada de la vida que la riqueza anónima no era capaz de revelar.

Ahora bien, si todo don contiene algo del dador mismo, entonces quien hace un don corre un riesgo: que su don sea rechazado. Y notemos que el rechazo del don no es solo el rechazo de un objeto, sino el de la relación misma que el don quería establecer. Por eso la negativa se extiende de alguna forma a la persona misma del donador. Quien desprecia nuestro regalo nos desprecia a nosotros. Claro que también puede ocurrir lo contrario: si el don es aceptado surge una nueva relación, una relación que enriquece también al que hace el don. Según señala San Ireneo de Lyon: «el que da resulta glorificado en lo que ofrece, si su don se acepta».

Según esto, no puede haber verdadero don sin reciprocidad, es decir, sin que las dos personas estén implicadas de forma activa. Un don no necesita, es cierto, que paguemos algo a cambio; pero sí requiere que lo aceptemos libremente. El agraciado con un don, cuando lo acoge con gratitud, no es un mero espectador pasivo: se convierte a su vez en co-creador de la nueva relación que el don establece. Tal reciprocidad enriquece a la vez al que da y al que recibe. Es un intercambio real, aunque difiere radicalmente de una operación de compraventa. Esta última, al contrario de lo que ocurre con el don, no toca el mismo centro de las personas que participan en ella. Así lo expresa Juan Pablo II: «El donar y el aceptar el don se compenetran, de modo que el mismo donar se convierte en aceptar, y el aceptar se transforma en donar».

Resumamos cuanto hemos dicho hasta ahora acerca del don. Un don, dijimos, solo puede darse gratis. La razón no es que el don sea barato, sino todo lo contrario: su valor no se mide con dinero. Esto es así porque el don expresa el valor único de la persona que lo da. Lo que el dador espera de quien lo recibe no es, de hecho, que se le dé algo a cambio, sino una acogida personal. Por eso aceptar el don crea una nueva relación entre el que da y el que recibe, una relación que enriquece a ambos. «El amor» observa San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales* «consiste en una mutua comunicación, en que el amante da al amado y comparte con él lo que tiene [...] y en que el amado, a su vez, hace lo mismo por el amante» (*Ejercicios Espirituales*, 231). San Juan de la Cruz resume este poder creativo del don cuando escribe: «Adonde no hay amor, pon amor, y recogerás amor».

### **El Dador originario**

Volvamos ahora a la historia de Adán y Eva. El encuentro del primer hombre y la primera mujer confirma lo que hemos dicho sobre el don y nos ayuda a profundizar en su sentido. En Eva Adán ha recibido un don capaz de despertar su asombro y gratitud. Ahora bien, este regalo es especial: no consiste en algo que Eva dé a Adán o que haga por él, sino en su misma presencia. Su persona es un don para él. De hecho, reconocer que el amado mismo es un don pertenece a la esencia de todo amor verdadero. La escritora inglesa Elizabeth Barrett Browning lo ha expresado así en uno de sus sonetos de amor:

No digas nunca  
«la quiero por su risa... por su mirada...  
por su modo de hablar siempre tan dulce...  
o por su pensamiento tan parecido al mío  
que nos trajo aquel día tanta serenidad».  
Estas cosas, Amado, nunca son inmutables:  
amor que así se forja puede quedar en nada.

El verdadero amor no se detiene tan solo en la manera gentil de conversar y su aire de placer; sino que llega hasta el valor de la persona que se revela en estos rasgos. Es decir: el amor recibe como un don el mismo ser del amado. Adán se complace en la bondad de Eva tanto como se alegra de su propia existencia. Es como si cada uno dijera al otro: es bueno que tú existas y es bueno que existamos juntos. Solo así puede ser su amor bastante fuerte para resistir los cambios de sentimiento o carácter, inevitables en la vida humana. Lo que cuenta para los amantes no es solo que se pueden entregar totalmente el uno al otro. Es necesario darse cuenta de que hay algo previo, que pone los cimientos del amor. Antes del don que el amante nos hace de sí, tenemos que aprender que el mismo ser del amante es ya un don, el más fundamental de todos. El amor

solo es maduro si capta que la existencia misma del amado es un regalo sorprendente que enriquece la existencia.

Con esto llegamos a un punto que ya apareció en el capítulo anterior: la llamada del amor es anterior a nuestra respuesta y, por eso, precede a los mismos amantes. Adán y Eva son capaces de reconocer que han sido entregados el uno al otro, y que solo por eso pueden donarse y acogerse entre sí. Podemos decir que su masculinidad y feminidad es una forma concreta en que esto se manifiesta. Como hombre y mujer, con la corporalidad concreta en que se encuentran al llegar a la existencia, aparecen llamados a una entrega mutua. Ellos no han elegido su sexualidad, ni por tanto la atracción que les une, pero esto no quiere decir que no sean libres: por el contrario, encontrarse como hombre y mujer hace posible su amor, posibilita la libertad de su entrega y les pone en camino hacia una plenitud feliz.

Surge en este momento la pregunta: ¿Quién es el que pone la existencia de Eva en las manos de Adán, y la de Adán en la de Eva? ¿Quién les llama a aceptarse mutuamente y a darse mutuamente el uno al otro? En el contexto del Génesis la pregunta es: ¿A quién se dirige Adán cuando exclama lleno de alegría: «Esta sí que es hueso de mis huesos» (Gén 2, 23)?

Como estamos viendo desde el principio de este libro, la búsqueda de Adán comienza con el asombro: el primer hombre se encuentra con el mundo y empieza a preguntarse por el sentido de todo. Recibe entonces una invitación: ha de ponerse en marcha hacia el misterio absoluto, Dios mismo. Le guía la pregunta: «Fuente, ¿dónde estás?, ¿de dónde brotas?» Es en su cuerpo donde Adán vive esta búsqueda de sentido, pues el cuerpo es su forma de estar abierto al mundo y de participar en él. Es entonces cuando el primer hombre encuentra a la primera mujer. Queda claro ahora el mensaje último del cuerpo: Adán se sabe llamado a abrirse a una persona semejante a él; a alguien que, igual que él, solo puede ser medido en la perspectiva de la trascendencia, de Dios mismo.

Esto significa que para aceptar la misma existencia de Eva como un don, Adán tiene que reconocer la relación de Eva con Dios. Es el Creador el que confía a Adán el don de Eva, cuando arroja sobre el primer hombre un sueño profundo y modela a la mujer a partir de una de sus costillas. Ahora bien, recordemos que Eva es algo precioso para Dios, alguien a quien, a diferencia de los demás animales, Dios quiere por sí misma. Entendemos entonces el gran don que el primer hombre recibe en la primera mujer: Dios se da a sí mismo a Adán cuando le comunica el don de Eva. La soledad originaria de Adán y Eva como hombre y mujer les orienta hacia la fuente originaria del don: el Creador que llamó a los dos a la existencia.

Con esto hemos dado ya una respuesta a nuestras preguntas: es Dios el que confía Adán a Eva y Eva a Adán. Dios es el dador originario que forma a la mujer del costado del hombre y se la presenta como su compañera. «En el misterio de la creación, el hombre y la mujer han sido “dados” por el Creador».

La mujer, que en el misterio de la creación «es dada» al hombre por el Creador, gracias a la inocencia originaria, es «acogida», es decir aceptada por él como don [...]. Al mismo tiempo, la aceptación de la mujer por parte del hombre y la propia manera de aceptarla se convierten como en una primera donación, de modo que la mujer al donarse [...] se «descubre» a la vez «a sí misma», gracias al hecho de que ha sido aceptada y acogida, y gracias al modo con el que ha sido recibida por el hombre.

*Gaudium et Spes*, 24 enseña que «el hombre, la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Juan Pablo II dio gran importancia a estas palabras del Vaticano II, que resumían para él cuanto hemos dicho sobre el don. El texto conciliar despliega este dinamismo en dos fases. Primero, expresa con fuerza el amor de Dios por el hombre, su pasión por el ser

humano, «única criatura a la que ha amado por sí mismo». Después habla de la entrega sincera que el hombre hace de sí mismo. Los dos aspectos están relacionados: el hombre solo puede entregarse a los demás si reconoce que el amor de Dios abraza su existencia desde sus raíces. De ahí viene la conclusión de Juan Pablo II: Adán puede aceptar a Eva solo si reconoce en ella un don del Creador, en quien reside la fuente de la existencia de la mujer.

Karol Wojtyła se refiere varias veces a este amor originario de Dios en *El taller del orfebre*. Por ejemplo, cuando el personaje llamado Adán exclama: «¡Oh, Ana, tengo que convencerte de que al otro lado de todos estos amores nuestros, que nos llenan de vida – está el Amor!». Este amor primordial está representado en la obra por el carácter del orfebre. Es ante él donde se mide el proyecto del amor humano. Y así, una joven pareja que parece no reconocer esta conexión entre su amor y el amor divino, escucha: «¿Qué estáis construyendo, / hijos míos? ¿Qué cohesión / tendrán vuestros sentimientos sin el contenido / de las palabras del anciano orfebre, / por las que pasa la plomada / de todos los matrimonios del mundo?». Y Wojtyła añade:

Es el amor que, despojado de dimensiones absolutas, arrebató a los hombres como si fuera un absoluto. Se dejan llevar de la ilusión y no tratan de fundar su amor en el Amor, que sí posee la dimensión absoluta. Ni siquiera sospechan esta exigencia, porque les ciega no tanto la fuerza del sentimiento –cuanto la falta de humildad.

Al encontrarse el uno al otro, Adán y Eva encuentran «al Amor que tiene la dimensión del Absoluto». Nuestro próximo párrafo encontrará en el cuerpo la ayuda para descubrir esta relación del amor humano con el amor divino.

### **El cuerpo: Un testigo del don originario**

Gracias al cuerpo, hombre y mujer descubren un mundo común que ambos pueden compartir. En el cuerpo los dos escuchan la llamada a un don mutuo de sí. Reciben así una existencia más rica y más plena, se les abre un camino de amplios horizontes.

Juan Pablo II describe esta llamada, inscrita en la masculinidad y feminidad, como el «sentido sponsal» del cuerpo. El adjetivo sponsal, que evoca la idea del matrimonio, pone de relieve que el lenguaje del cuerpo contiene una invitación al amor. El cuerpo es sponsal porque invita a Adán a darse a sí mismo a Eva y a recibirla a ella como don, y lo mismo sucede a Eva con respecto a Adán.

Ahora bien, para Juan Pablo II este sentido nupcial del cuerpo no solo une a Adán con Eva en una línea horizontal, sino que los vincula también –en dirección vertical– con el Dador originario. De hecho, la invitación al amor fue inscrita en la masculinidad y feminidad del cuerpo por Dios Creador. Él es la fuente; gracias a Él Adán y Eva son un don para ellos mismos y para el otro:

Esto es el cuerpo: testigo de la creación como un don fundamental y, por tanto, testigo del Amor como manantial del que ha nacido este mismo donar. La masculinidad-feminidad [...] es el signo originario de una donación que lleva al hombre, varón y hembra, a tomar conciencia de un don vivido, por así decirlo, de un modo originario.

El sentido nupcial del cuerpo es así una invitación a reconocer que todo lo que tenemos y somos es un don. La nupcialidad establece, por tanto, una relación con el misterio absoluto del Padre, que nos da la vida y nos sitúa en el mundo. Por eso nuestra primera tarea en esta vida no es el deber de hacer algo, sino la aceptación del don originario de nuestra propia persona y vida. El cardenal Ersilio Tonini lo expresó así, contando esta anécdota de su niñez: «Hasta ahora», le dijo su madre al cumplir siete años «daba gracias a Dios cada mañana por el don de tu vida, y te

recibía como don suyo. Ahora te toca a ti hacer lo mismo. Has de recibirte a ti mismo cada mañana de tu vida como don de Dios».

Esto implica que hay otra forma de describir la soledad originaria –la dignidad especial del hombre que lo diferencia de los animales. Solo los seres humanos son capaces de apreciar su existencia como un don. Vista a la luz de la esponsalidad del cuerpo –es decir, la llamada al amor inscrita en él– la diferencia entre el hombre y el resto de la creación resulta ser, no una fuerza especial para actuar en modo autónomo, sino una capacidad para descubrir, a través del testimonio del cuerpo, el don que cada persona es. La soledad originaria se convierte en la experiencia de que, como dice San Ireneo de Lyon, «en el principio Dios formó al hombre para tener a alguien en quien depositar sus beneficios».

Esta visión del propio cuerpo enseña al hombre a mirar en modo nuevo a los otros «cuerpos» entre los que vive. Hay una tendencia a valorar el propio cuerpo según los demás objetos del mundo, tal y como los estudia la física o la biología. Pero la teología del cuerpo es una invitación a cambiar el punto de vista. En vez de medir el significado de nuestro cuerpo a través de los demás cuerpos, se ha de hacer lo contrario. El significado de todos los cuerpos ha de medirse de acuerdo con el significado esponsal del cuerpo humano, pues en este cuerpo se dan cita última todos los elementos inferiores de realidad material. Y solo desde la cumbre se alcanza una visión de conjunto de la orientación de todas las cosas. Sobre esta importancia del punto de vista del hombre ya había dicho San Agustín:

Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos.

La posibilidad de asombro a la vista de las cumbres montañosas y los mares inmensos está fundada en la conciencia de ser un don primordial. Y de esta conciencia el cuerpo es el primer testigo. El asombro cuando se observa una puesta de sol se explica solo por la experiencia fundante de que el amor de Dios nos trajo a la vida y nos tejió en el seno materno.

Hemos hablado de la distinción entre el hombre y el resto de las criaturas terrenas. Debemos añadir ahora que, si aceptamos que toda la creación es un don, la naturaleza misma no puede ser tratada como un mero objeto de usar y tirar. Así, el dominio que el hombre tiene sobre la creación consiste en administrar los bienes recibidos, en respuesta agradecida al amor creador. En cada ser se encuentra entonces un signo constante de la providencia paterna de Dios.

Por eso la presencia de Eva abre los ojos de Adán para que mire en forma nueva al resto del mundo. No es cierto, entonces, que el amor sea ciego, como afirma el dicho popular. Al contrario, el amor tiene sus propios ojos. Los ojos del amor, los ojos de un corazón que ve perciben cada objeto que tocamos y cada momento que vivimos como un don del Creador.

En la obra de teatro *Nuestra Ciudad* del escritor americano Thornton Wilder, se le ofrece a Emily, una mujer joven que acaba de fallecer, la oportunidad de volver a vivir uno cualquiera de sus días corrientes. Emily elige un día de fiesta, cuando cumplía los doce años de edad. Ahora que, desde el otro lado, valora cuán bella es la vida, quiere disfrutar de cada momento a su disposición. Para su desencanto, todos sus parientes y amigos están tan atareados, que no pueden compartir plenamente la alegría de su presencia. Cuando Emily se pregunta si alguien se da cuenta de lo precioso que es cada momento vivido, una de las personas que la acompaña en el cementerio replica: solo lo perciben, a veces, los poetas y los santos.

En realidad, nadie está excluido de esta prerrogativa del santo y el poeta. Adán y Eva disfrutaron de este don –el de ver en cada instante una llamada a la plenitud, a vivir de cara al amor total de Dios– y también en cierto modo lo ha hecho cada uno en su infancia. El hombre

nace con la capacidad de experimentar su encuentro corporal con el mundo como un regalo que inaugura una relación de amor con el Dador originario.

### **Del don originario al don de sí mismo**

Dios es el manantial primero de donde brota el don de la existencia. Esto nos ayuda a ver con nueva luz la entrega mutua de Adán y Eva de que hablamos en el capítulo anterior. Una de las preguntas que Benedicto XVI plantea en su primera encíclica, *Deus Caritas Est*, es precisamente si es posible amar y darse a sí mismo a otra persona. El Papa responde que sí, pero añade enseguida: nos podemos amar unos a otros solo porque hemos sido amados primero por Dios. Es decir, podemos hacernos fuente de amor para otros solo porque primero hemos bebido del manantial del amor de Dios:

Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

Esta primacía del amor de Dios explica por qué la Biblia puede ordenarnos que amemos, un hecho que a primera vista parece desconcertante. En efecto, ¿es que el amor puede ser mandado? ¿No ocurre más bien que, cuando se nos obliga a amar, el mismo amor resulta imposible? Pero entonces, ¿por qué dice Jesús que el amor de Dios y el amor al prójimo son el mandamiento más importante? La Biblia responde a estas preguntas poniendo los mandamientos en un contexto más amplio, el del don de Dios que los precede. Una breve frase, en efecto, hace de introducción a la tabla del Decálogo: «Yo, Yahvé, soy tu Dios, el que te he sacado del país de Egipto» (Ex 20, 2). En otras palabras, el mandamiento del amor tiene sentido solo en términos de un don previo, que se hace presente en las acciones divinas en favor de su Pueblo: Yahvé ha mostrado su amor por Israel con pruebas fehacientes, liberándolo de Egipto y haciéndole atravesar el Mar Rojo. Por eso su mandamiento no es como una orden a que debemos someternos, sino que sigue la lógica misma del don. El mandamiento libera al hombre para que acoja con gratitud el amor que Dios le ha ofrecido primero, mucho antes que cualquier cosa que haya podido hacer para merecerlo.

En el acto final de *El taller del orfebre* se nos presenta la historia de un noviazgo nuevo: se trata de Cristóbal, el hijo de Andrés y Teresa, y de Mónica, la hija de un matrimonio en dificultades, Ana y Esteban. Los dos novios, que acaban de comprometerse para la boda, no han descubierto todavía la profundidad de su llamada, el hecho de que su misma unión hunde las raíces en otro amor más grande. Karol Wojtyła describe esta falta de madurez como la incapacidad para darse cuenta del arte del orfebre, que da forma a sus anillos de boda. En palabras de Mónica:

Nada hizo por fascinarnos...  
sencillamente, nos tomó la medida, primero de los dedos,  
después de las alianzas,  
como un artesano cualquiera.  
Ni siquiera había en ello arte alguno.  
Nada hizo por acercarse a nosotros. Toda  
la belleza quedó en nuestro propio sentimiento.

Pero Teresa, la madre de Cristóbal, sí conoce por experiencia la profundidad y madurez del amor, que se basa en el reconocimiento del orfebre. Sabe de su habilidad para forjar los anillos, símbolo del destino del ser humano:

Me acercaré a ellos y les diré: Hijos míos, nada ha pasado, el hombre ha de volver al lugar en que vio la luz de su existencia –y desea tanto que ésta nazca del amor! Y sé que también el anciano orfebre [...] os contemplaba hoy con la misma mirada, como si explorara vuestros corazones; y con aquellas alianzas definía el nuevo nivel de vuestra existencia...

Esta escena de *El taller del orfebre* ilustra una convicción de Juan Pablo II: Adán y Eva pueden amarse el uno al otro solo en la medida en que dejen al orfebre «definir para ellos un nuevo nivel de la existencia». Esta relación con el orfebre pone su amor en el contexto del misterio último de donde mana su vida, Dios mismo. Su amor resulta mucho más hondo de lo que habían supuesto, pues les llama a recibirse el uno al otro como don de Dios y, al hacer así, a entrar en una relación concreta con el Padre. Dios revela su amor hacia el primer hombre y la primera mujer al confiarlos el uno al otro como dones que son preciosos para Él mismo. Por eso el amor que Adán y Eva comparten no sería verdadero amor si rechazara esta dimensión trascendente. Disfrutan la maravilla del amor humano solo porque su relación mutua es al mismo tiempo una relación con Dios. Los dos se aman en verdad cuando, al darse y recibirse mutuamente, se dan a Dios y se reciben de Él como Padre.

### **Maternidad y paternidad**

Descubrimos ahora por qué Adán y Eva son ayuda adecuada para el otro: se abren mutuamente el horizonte en la búsqueda de su propia identidad. Cada uno muestra a su pareja cómo su camino apunta hacia la misma fuente del amor y don divinos. Esta dimensión queda afianzada en un elemento nuevo que queremos analizar ahora. La presencia del Dador originario en el amor que une a Adán y Eva no solo les lleva más allá de un nuevo umbral del asombro, sino que completa su amor, abriéndoles al misterio de la fecundidad. La Biblia cuenta que «conoció el hombre a Eva, su mujer» (Gén 4, 1). El uso de la palabra «conocer» para indicar la unión en una sola carne, subraya que ambos esposos descubren quiénes son y llegan a conocer su propio nombre precisamente en la relación conyugal. Este conocimiento queda unido, por otra parte, a la fecundidad, al nacimiento de un nuevo ser humano, por el cual los esposos obran conjuntamente con Dios, el Dador originario. Dios es, en efecto, la fuente de su humanidad común, el Creador de sus cuerpos y de la capacidad que tienen para donar vida; y, al unirse en amor conyugal, se asocian a la fuerza misma creadora del amor de Dios.

Por tanto, podemos decir que el amor es fecundo porque hunde en Dios mismo sus raíces. «La procreación está enraizada en la creación, y cada vez, en cierto modo, reproduce este misterio». Eva, la primera madre, reconoció a Dios como fuente última de vida cuando dio a luz a Caín: «He adquirido un hijo con el favor de Yahvé» (Gén 4, 1). Así es como Juan Pablo II glosa este texto:

Y cuando se vuelvan «un solo cuerpo»  
–admirable unión– detrás de su horizonte se revela  
la paternidad y la maternidad.  
–Alcanzan entonces la fuentes de la vida que hay en ellos.  
–Alcanzan el Principio.  
–Adán conoció a su mujer.



–Y ella concibió y dio a luz.

¡Saben que pasaron el umbral de la más grande responsabilidad!

El umbral del asombro, que Adán cruzó al encontrarse con la riqueza de la creación, se convierte ahora, en la unión conyugal, en un nuevo umbral: el de la responsabilidad. Para que el amor sea fecundo, ha de hacerse responsable. Y esto quiere decir: capaz de *responder* al don primero de Dios, que confía uno a otro a los amantes.

Por esta unión con el Creador es mucho más apropiado hablar de la fecundidad humana como «procreación» y no como «reproducción». Así se pone de relieve la participación del hombre en la obra de Dios, la presencia de la fuente misma de la vida en la unión conyugal. De este modo se salva la diferencia entre la producción de un objeto y la comunicación de la vida. Solo esto último está de acuerdo con el ser humano, dotado de dignidad única e irrepetible, persona irremplazable, que Dios ha querido por sí misma.

Por otro lado, la presencia del amor divino en el amor humano enriquece nuestra forma de entender y vivir la libertad. La libertad florece solo cuando se comprende que toda nuestra existencia nos ha sido regalada. Pensemos en la escena de *La Divina Comedia* de Dante, cuando la caída de la noche suspende el ascenso del poeta por el monte del *Purgatorio*. Continuar el camino hacia arriba es ir ganando en libertad, ir purificándola, para que sea capaz de entrar en el cielo. Por eso, cuando se hace de noche, solo se puede descender del monte o mantenerse a la misma altura. Para seguir subiendo hay que esperar a la aurora, pues la luz simboliza el auxilio divino, su amor mismo que nos hace capaces de crecer en libertad. Solo en esta claridad luminosa y liberadora se puede crecer por encima de los propios estrechos confines y escalar la montaña del amor de Dios y del prójimo, hacia la meta que coronará todo esfuerzo.

### **Lo masculino y lo femenino a la luz del don originario**

Descubrir a Dios como fundamento en que el amor se edifica y fuente última de su fecundidad nos ayuda a entender mejor el significado de la diferencia sexual, de lo que significa ser hombre o mujer.

Como contraste podemos pensar en el mito del Andrógino, que el filósofo griego Platón pone en boca de un personaje de su *Banquete*. Este mito explica el origen de la sexualidad como un castigo. El hombre, que originariamente era una unidad asexual, una esfera perfecta y completa en sí misma, es dividida por los dioses en dos partes (masculina y femenina) que, así concluye la fábula, están desde entonces condenadas a buscarse mutuamente para encontrar la unidad perdida.

Juan Pablo II entiende de otro modo la diferencia entre los sexos, en consonancia con el testimonio bíblico. El Papa sabe que cada sexo se refiere al otro y solo puede ser entendido en relación con el otro. Pero a su vez rechaza la idea de que hombre y mujer son dos partes incompletas de humanidad, dos mitades de un todo dividido por los dioses vengadores del mito. En la visión cristiana el varón y la mujer son ambos una forma completa de ser hombre, si bien difiere la forma en que ambos viven su humanidad. La diferencia les hace complementarios, no porque les falte una parte, sino porque cada uno es llamado por el otro a salir de sí mismo y crecer más allá de sus propias fronteras.

Una imagen, sacada del mundo de la música, puede ayudarnos a entender esta complementariedad. Imaginemos que un director de orquesta llama a dos violinistas de talento para que ejecuten un dúo. Ambos habrán de practicar para unir sus instrumentos en un todo harmónico, y cada uno necesitará del otro para expresar el significado de la pieza. Esta necesidad, sin embargo, no significa que a ninguno de ellos le falte maestría. No se trata de dos

«medio músicos» que se usan mutuamente para cubrir sus defectos. Son, de hecho, artistas consumados, cuyo arte consiste en mostrar su habilidad en el contexto de un dúo, en que cada uno de ellos juega un papel inseparable del otro. El ejemplo añade, además, un dato esencial: ambos músicos triunfarán solo si son capaces de inspirarse en la belleza trascendente de la obra que tocan al unísono.

Esta ilustración, dentro de sus limitaciones, nos ayuda a entender la sexualidad. Ésta, como la música de los dos violines, hace de la vida humana una relación en que cada miembro de la pareja va hacia el otro y recibe de él un don inapreciable. Al mismo tiempo, esta relación procede de una inspiración común, de la llamada misma del Creador, que está en el origen de la existencia humana. Por eso la relación entre el hombre y la mujer cobra sentido solo si ambos se comprenden en apertura hacia el Creador. Varón y hembra, masculino y femenino, son dos caminos para descubrir nuestra identidad en el encuentro con Dios. Se trata, como dice Juan Pablo II, de dos encarnaciones de la misma «soledad originaria» ante Dios y el mundo:

El conocimiento del hombre pasa a través de la masculinidad y la feminidad, que son como dos "encarnaciones" de la misma soledad metafísica, frente a Dios y al mundo – como dos modos de "ser cuerpo" y a la vez, que se completan recíprocamente – como dos dimensiones complementarias de la autoconciencia y de la autodeterminación, y al mismo tiempo, como dos conciencias complementarias del significado del cuerpo. Como ya demuestra Gén 2, 23 la feminidad se encuentra, en cierto sentido, a sí misma frente a la masculinidad, mientras que la masculinidad se confirma a través de la feminidad.

Saquemos de esto una última conclusión. Precisamente porque el ser masculino o femenino son dos maneras básicas de estar abierto a los otros –a Dios y a nuestros prójimos– los amantes que tratan de crear un mundo para ellos solos del que excluyen a todos los demás, distorsionan la naturaleza del amor verdadero. La relación que une a Adán y Eva se sitúa en un contexto más grande: la que vincula a ambos con Dios, el misterio absoluto, que a su vez abre el amor humano hacia el resto del mundo. Por eso masculinidad y feminidad tienden, por su propia naturaleza, hacia la paternidad y maternidad, en que la relación del hombre con la fuente del amor se hace patente y su amor se abre en un fruto nuevo. Andando estas páginas podremos añadir algo sobre la tarea de ser padres. Por ahora concluiremos este capítulo recordando que la vocación al amor procede no solo de la persona amada, sino de Dios, fuente primera del amor, que nos invita a una plena comunión con Él. Al construir su relación mutua, Adán y Eva entran en una relación con Dios. Incluso se podría decir que, los dos juntos en su amor, reflejan su imagen...